

rios. Pedir sinceridad á un Rey absoluto, á una Reina soberbia de suyo, á una corte cegada por sus pasiones insensatas, es pedir cotufas al golfo. Querer soldar los realistas del régimen antiguo con los realistas del moderno régimen, es proponerse lo excusado, por su imposibilidad. Madame Staël observa cómo los constitucionales pidieron entrar en Palacio para defender al Monarca, y les cerraron el camino de las regias cámaras los realistas, emperrados en sus anacrónicas supersticiones. Así, los leales amigos del pacto entre la libertad y el Trono, rondaban los alrededores de las Tullerías, por aquel peligroso momento, como esas almas en pena, repelidas del cielo y del infierno, condenadas á un vagar sempiterno. Antes de media noche, acabando ya el día nueve, las cuarenta y ocho campanas de los cuarenta y ocho grupos seccionistas, comenzaron á tañer, y toda la noche tan lúgubre tañido no cesó ni un minuto. Madame Staël estaba con varios de sus amigos al balcón de su Palacio, y cada cuarto de hora recibían ciertas y fundadas noticias expedidas por las patrullas constitucionales. Así, les decían que avanzaban sobre Palacio los barrios mandados por el cervecero Santerre y por el militar Westermann. Nadie osaba predecir lo que debía pasar al día siguiente, y todos temblaban, como los ciudadanos de Pompeya la noche luctuosa, en que llegaron á espesarse, como un velo fúnebre, sobre sus cabezas, las cenizas del Vesubio. Y, sin embargo, cruzó esta noche algún relámpago de verdadera esperanza, sin saber por qué; acaso porque habiéndose agotado todo, se agotara también el miedo. De súbito, á las siete de aquella mañana, en punto, el cañón de los barrios resuena y abre con estruendo el primer ataque. Mas, las guardias suizas lo rechazan. El pueblo corre por todas partes; el desaliento, acompañado de pánico, posee á todos los revolucionarios. Y la Staël, así como ha pedido antes que fuese la corte sincera, el ejército fiel á las instituciones, el partido realista con seso, el partido constitucional admitido en Palacio, los emigrados cuerdos; pide ahora que rey, tan poco militar y tan habituado á la vida cortesana, destinado para mártir y no para héroe, amigo de componendas y enemigo de resoluciones; sin más espada que su espadín; en cuya cabeza la corona semejava un gorro de dormir y en cuyas manos el cetro una lima de cerrajería; se pusiese al frente de las tropas, hablara con voz de trueno, fulminase rayos con los ojos, montara un corcel que se burlase del viento, y apareciera como un Marte olímpico entre los vapores de la sangre y los reflejos del incendio, cosa para la cual no valía un Rey parlamentario, para la cual estaba presente allí, entre los espectadores de la catástrofe, ignorado y oscuro Bonaparte, quien decía que si le daban unos cuantos ginetes en armas concluía él con aquella revolución: verdad, verdad innegable, verdad reconocida por todos los hombres y confirmada por todos los tiempos, mas á una costa, en último resultado; á costa de dejar á Francia sin libertad y sin Parlamento. La teoría de madame Staël pugnaba con la realidad. Vencido el Rey, engendraba una República; vnncedor, un Imperio; jamás el régimen parlamentario y constitucional soñado por la insigne inspirada escritora.

Del relato de Lucila se deduce la situación de los revolucionarios en aquella noche terrible; del relato de Madame Staël se deduce la situación de los liberales; del relato que vamos á recordar ahora, del relato de Madame Campan, la situación de los realistas y de los reyes. Según esta curiosísima historiadora, el nueve por la noche reinaba en Palacio la seguridad mayor, ó de que no atacarían los revolucionarios al santuario del Monarca; ó de que, si lo atacaban, quedarían rotos, mordiendo el polvo á sus puertas, defendidos con todos los recursos del arte que allí se aglomeraran á tiempo, con grande contingente de tropas, que se distinguían por su disciplina y por su resolución. Aunque se presentara el ocho ante los diputados, anunciando una erupción revolucionaria, precedida por el previo toque de los tambores á generala y de los campanarios á rebato, Pétion; el Congreso no hizo á Pétion caso ninguno, pasando á su orden del día con desdén; y aunque Mandat, comandante por turno de la Milicia Nacional, se movía mucho, receloso de lo que pudiera suceder, y mostrando gran preocupación, la familia real estaba segura de que saldría, como el veinte de Junio, día más amenazador y más terrible, á puerto de claridad. Mandat acababa de pedir una orden al señor Alcalde Pétion, jefe de la Milicia Nacional, para que rechazase, de verse combatida ésta, el ataque violento con defensa también violenta; y todo parecía desde Palacio conjurarse para que, ó no pasase nada de particular, ó si pasaba, se redujese á una escaramuza entre fieles é infieles, la cual escaramuza concluyera por un crecimiento del poder real y una disminución del influjo revolucionario, comienzo del definitivo y completo triunfo realista. Firmada la orden de rechazar la fuerza con la fuerza, y puesta orden semejante á la vista de Mandat; apercebido éste para cualquier evento con un plan de sabia defensa, dirigido desde las mismas Tullerías, donde aparecía el general como un oráculo y un refugio; los corazones reales y cortesanos abriáanse á las más ilusas esperanzas, y los ánimos aquellos soñaban ya con el pronto desquite. A las nueve de tal terrible noche cenaron los reyes. Como cenaban, lucía Palacio su iluminación en todas direcciones, pues las cenas regias parecían verdaderas festividades, y abiertas las ventanas á causa del calor, trascendían muy lejos los vivos resplandores de dentro, y hasta en el río, profundo y negro y torbo, se reflejaban las luces del banquete, brillando en competencia y porfía con las estrellas del cielo. Pero, si hubiesen los Reyes reflexionado sobre todo cuanto en rededor suyo sucedía con frecuencia, mucho desconfiaran de sus optimistas ilusiones y vieran una realidad espantosa, producto en parte del movimiento de los hechos, y en otra parte considerable del propio error que los empeñaba en una resistencia imposible á una doble corriente, la del tiempo eterno y la del pensamiento humano. Acabada la cena y teniendo que tomar algunas disposiciones la Reina, entra con su azafata, la historiadora Madame Campan, desde su comedor, en la cámara, y oye un gran estruendo de voces en acalorada disputa y aun de armas requeridas entre sendas amenazas. ¿Quién promovía estas disputas y en las puertas mismas de una regia cámara? Pues los dos centinelas ads-



critos al servicio de Antonieta. El uno era constitucional; el otro jacobino. Al hablar de los temidos acontecimientos el constitucional decía estar dispuesto á inmolarse allí mismo por los reyes, creyéndolos, como se los creía, fijos en su Constitución; y el revolucionario decía por su parte no poder defenderlos, porque oponían obstáculos invencibles á la Constitución única que prospera los pueblos, á la Constitución republicana. Estuvieron en el calor de la disputa los dos centinelas á riesgo de malherirse mutuamente. Madame Campan asegura que si ella no sale y en paz los pone, imponiéndoles respeto á su dignidad y á su sexo, allí se matan los dos. Quiso el Rey saber lo que producía el estruendo, y la pobre azafata no pudo de manera ninguna ocultárselo. «No me maravilla, exclamó la Reina, este accidente. La mitad casi de mis guardias son jacobinos.» Pues si la mitad casi de sus guardias eran jacobinos, y en aquel momento de angustia no contaba con otra defensa ¿por qué tantas ilusiones? Cuando á la puerta misma de su cuarto, humildes y oscuros centinelas se iban á las manos, cada cual movido hasta la embriaguez y hasta la furia por sus respectivas ideas ¿cómo extrañaban los Reyes la grande agitación parisién y los debates empeñados desde los clubs hasta el Congreso? Cuál desconocimiento mostraban del espíritu colectivo de aquella sociedad. Cuán poco caso hacían de las enseñanzas sugeridas por los hechos. Sus esperanzas en aquella noche provenían de que aguardaban llegase desde fuera la irrupción y la conquista, con que amenazaban al pueblo francés los reyes extranjeros y surtiesen dentro sus naturales efectos las compras de conciencias apercebidas por la lista civil, y nunca efectuadas, á causa primero de que los intermediarios se quedaban para sí el dinero entregado para los otros y de que los espíritus poseídos por un igual no se dejan seducir con tanta facilidad, como creen los corruptores, primero por sujeción interior á la propia conciencia y por entereza de la propia voluntad, después por miedo á la opinión y á la Historia. De modo, que mientras los Reyes vagaban en espíritu por los espacios de las más engañosas ilusiones, fundados en que Pétion daba la orden de armada defensa; y Mandat disponía lo necesario para cumplir esta orden; y el corruptor, ó corruptores, enviados á ganar los revolucionarios, decían haberlos ganado y contaban á una con la complicidad de Danton, los embargos del espíritu general, sacudido por aquella crisis suprema, llegaban á estallar en las puertas mismas de los regios camarines, mostrando que Francia no podía continuar en aquella situación gravísima, cuyo desarrollo pedía indudablemente á gritos, ó que la Monarquía se arrimase á la Revolución, ó que la Revolución prescindiera de la Monarquía.

A media noche la campana de rebato sonó con triste resonancia en el oído fatigado de los Reyes. Como fuese la primera en sonar y la única que sonara durante mucho tiempo la campana de los franciscanos, supieron entonces Reyes y cortesanos la translación de los temidos marsellese, alma del movimiento, desde la casa-cuartel donde los tenían alojados al club dantonista; revelación espantosa, enseñando que ni la gente de Danton, al que

creían ya vendido, ni otra mucha gente muñidora de la empresa revolucionaria cedían á las corrupciones cortesanas. Antonieta comenzó entonces á experimentar el abatimiento precursor de la derrota y á prepararse para el inevitable naufragio. Después del contraste, verdaderamente trágico, presentado por madame Campan, entre los centinelas de la guardia, que debían defender el cuerpo de la Reina, presenta otros contrastes, no menos instructivos, entre las tropas estipendiadas suizas y los milicianos nacionales: rígidas y mudas aquéllas como estatuas, gárrulos éstos y en perdurables disputas metidos, cuyos rumores traían aparejados, no la hostilidad manifiesta, pero sí la terrible incertidumbre. Luis XVI, al són de la campana expuso á un militar de alta graduación sus planes, ó los planes de sus defensores en tanto combate; y este militar, después de haberlos oído, se dirigió á madame Campan, y le aconsejó arreglase con premura su maleta, recogiese sus joyas, guardara su correspondencia, pues el daño le parecía inevitable, como la defensa le parecía nula, no pudiéndose hallar defensa, sino en el vigor de Luis XVI, cuando era el vigor la única virtud que á Luis XVI faltaba. Y á tal martilleo de la desesperación, á tal estruendo de las campanas, á tal rumor de las gentes en armas, el coraje de Antonieta disminuía, llegando hasta el desmayo; y lo único que, ni entonces ni nunca, pudo alterarse, fué la inmovible impasibilidad del Rey. Pero todo resonaba tristemente: los ecos de las campanas, los estruendos de las armas, los pasos de las patrullas, los debates de las gentes adscritas en defensa del palacio, los rumores siniestros de las conversaciones palaciegas, el avance de los barrios parecido al fragor de una lejana tempestad que se acerca. Dió la una, y como estuvieran los regios salones atestados de gentes, la Reina, lo mismo que su cuñada Isabel, se fueron á probar si dormirían ó no hacia las habitaciones interiores, entrando en reducido gabinete, cuyas ventanas daban al patio, y donde tendidas, mejor dicho, recostadas sobre dos parejos canapés, inútilmente pretendieron descansar de sus fatigas y traer sueño reparador á sus enrojecidos párpados. La Reina comenzó por quejarse de que no accediera el Rey á un ruego suyo, pidiéndole se ciñese la especie de corsé, aparejado por madame Campan, en previsión de una puñalada, so pretexto de que se hallaba entre gente muy leal, y no podía temer ningún atentado, pues todos sus defensores mostraban el pecho descubierto al enemigo, y él no quería presentarle de ningún modo el pecho acorazado y cubierto. Mientras tanto, Isabel se quitó una cornalina del pecho, y mostró la inscripción en ella grabada, que era, á saber «olvido de las injurias y perdón de las ofensas;» añadiendo poco más ó menos la especie siguiente: «si bien sobre los enemigos no ejerce ningún influjo esta máxima, necesitamos venerarla y crearla practicable siempre, pero mucho más bajo los chasquidos de la tempestad y sobre los oleajes del naufragio. En éstas y otras reflexiones pasaban la noche, reflexiones interrumpidas por propósitos firmes de granjear á sus ojos un sueño, el cual huía, perseguido por las sacudidas nerviosas, consiguiendo á las catástrofes que se anunciaba, y al anunciarse, relampagueaba por los cuatro



puntos del aire sobre sus coronadas cabezas. Como las perspectivas de lo porvenir se cerraban en ciebre tan oscuro; y lo presente no podía ofrecer ningún halago; Isabel tornaba sus ojos á lo pasado y hacía de gratos recuerdos inoportunas remembranzas, cuya evocación malhería el corazón de Antonieta, muy desmayado en uno de los desalientos que sobrevienen á las complexiones entusiastas con facilidad, tras cualquier minuto en que á las esperanzas calorosas del triunfo subsiguen las certidumbres irrefragables del desastre. A esta conversación, cada vez más divagante, y cada vez más inútil, entreverada de baldíos esfuerzos por dormir y de trágicos ensueños, más horribles que la realidad misma, si daban algunas cabezadas, subsiguió un pánico espantoso, al cual abandonaron las princesas el cuarto donde se recogieran, corriendo desaladas las dos á compartir la suerte adversa de todos. Con efecto, á eso de las cuatro, sonaban las campanas en coro, pero con sonidos tan siniestros y lúgubres, que ya parecía París una ciudad entre incendios, donde á fuego se tocaba continuamente; y á una ciudad de muerte, ciudad, como las pintadas en los cementerios medioevales, cuyos campanarios estaban tañendo por las agonías de los moribundos ó por el descanso de los difuntos. En los tiempos anteriores á nuestra salvadora universal revolución, el toquo de las campanas sonaba con frecuencia, no solamente por las ceremonias litúrgicas, sonaba por las tempestades sociales como por las tempestades celestes. No solamente convocaba los vivos á las oraciones y á las penitencias; lamentaba el paso de los muertos desde la vida terrestre á la vida eterna; conjuraba las nubes para que no descargasen sus granizadas sobre los campos y sus centellas sobre los hombres; anunciaban la discordia con sus horrores, la guerra con sus estragos, el incendio con sus vivacidades, la matanza con sus exterminios, desde las torres del castillo feudal hasta las torres del cenobio religioso, como si la paz fuese un estado pasajero y el estado natural de aquellas sociedades la guerra ó el extrago.

Como anuncio extraordinario de cuanto debía suceder, escapóse también un tiro en los patios de Palacio, á eso de las cuatro; y los cortesanos, presa del magno reinante pánico, se arrojaron unos en brazos de otros, como si todos se creyeran hundidos ya en las simas abiertas por les ráfagas vertiginosas de aquellas horribles trombas. Antonieta estaba en la desesperación; pero sentía una desesperación interior, no corajuda, no retadora, no combatiente, una desesperación tranquila, como quien ve la muerte, y no la desafía con arrogancia, la espera con resignación. Mientras, al tiro unos huían ciegos hasta chocar con los muebles y con las paredes; otros, levantaban los brazos al cielo en demanda de que no los abandonase su perpetuo socorro; éstos pedían poco menos que confesión; y aquéllos, el menor número, artillaban sus pistolas, Antonieta, serenísima, decía: «oid el primer disparo que suena; creed no será el último.» En esto, rayaban por el Oriente, perlado al primer crepúsculo matutino, las risueñas alboradas; y los árboles sacudían sus rociados ramajes; y las aves entonaban sus armoniosos hosannas; indiferente la naturaleza y sus séres al

humano dolor. Solamente una casualidad particularísima de aquel día indicó alguna participación del Universo en la ya empeñada tragedia; la salida del sol. Mientras los crepúsculos aparecieron suaves con sus opalados rosicleres y con sus céfiros melódiosos y con su rocío celestial y con sus aleluyas lanzadas por el coro de las avecillas, el sol se levantó enrojecido, pareciendo una bala de cañón lanzada en lo infinito, un fragmento de planeta caldeado y en erupción, un signo rojo de guerra cruentísima, todo lo contrario de un lábaro como el piadosamente legendario. Isabel, notando la inmovilidad de Antonieta, rígida y fría cual un cadáver, se asustó, pues creyóla enferma; la sacudió dulcemente, la tomó de su preciosa mano, y la condujo á los alféizares de una ventana, rogándole que á su gusto y sabor presenciase la salida del sol. Antonieta miró al Oriente de hito en hito, y exclamó: «Cuán rojo el sol sale, y cuál color de sangre trae». Sin embargo, ningún presentimiento le dijo que antes de tres horas la enterrarían viva, en calabozos, á cuyas ventanas el sol no llegaría jamás; matándola sin piedad, al transcurrir un año, y arrojando sus restos á tales abismos, que nadie sabría su postrer paradero, y nadie del abismo podría nunca sacarlos. A poco de la salida del sol entró Hervilly, con la espada desnuda, en el regio billar, donde las princesas con sus damas se habían reunido, y ordenó al mozo de servicio abriese una de las puertas. Con efecto, á tal mandato la puerta se abre, y entran doscientos nobles, creídos de que participarán del combate, cuando sólo participarán del naufragio. ¡Cuántas pelucas, de las que habían bajo sus rizos apagado, sólo los cráneos que las llevaban, el ideal! ¡Qué de chorreras muy limpias sobre pechos muy sucios! ¡Qué chupas tan bien bordadas y qué casacones tan relucientes! Nada se les echaba de menos en lo relativo á la etiqueta cortesana; es decir, á la liturgia monárquica. Luis XVI, que tanto repugnó los zapatos sin hebillas de Franklin y de Roland, bien podía comprender cómo le hubiera salvado la inteligencia con aquellos patanes, que no se avenían á perfiles cortesanos, y cómo le perdían las peinadas cabezas de los correctos y hebillados petimetres. Mucho de polvo en los rizos; de historiadas ligas en las medias lucientes; de relojes dobles con leontinas preciosas en la bordada chupa; de lazos á la nuca y hebillas al pie; pero ningún arma, como no se creyesen tales aquellos espadines inútiles que pendían del costado, y se necesitaban únicamente para dar ornamento á las personas ó para servir de símbolos y veneras á los recuerdos y nostalgias de la suprimida nobleza. Madame Campan refiere que la presencia de aquellos salvadores del principio monárquico, no obstante la santidad del motivo que los impelia y los horrores de la tragedia en que participaban, promovieron á risas, como pudieran promoverlas actores de sainetes. Pistolas de jardín y de salón, tenazas del fuego, morrillos de chimenea, palos y bastones, alguna barra de balcón y no sabemos si algún asador constituían todo el armamento de aquella cruzada palaciega, formada por la descendencia de los antiguos cruzados, que no se había ido á juntarse con la emigración en Coblenza. Pero no riamos, aunque la historia-